

J. J. BENÍTEZ
EL ENVIADO



«Un equipo de científicos vinculados a la NASA —no católicos— ha demostrado, después de tres años de investigación, que el "individuo" enterrado hace dos mil años en una cueva próxima a Jerusalén y que fue conocido con el nombre de Jesús de Nazaret emitió —treinta y seis horas después de muerto— una misteriosa y desconocida radiación que chamuscó la sábana que le cubría...»

Esta noticia, difundida en su día por los medios de comunicación, llevó a *J. J. Benítez* a escribir esta impresionante obra. El enviado es un libro respetuoso en lo relativo a la fe, pero que sorprende y cautiva por sus valientes hipótesis y por los datos científicos e históricos en que se sustentan.

«Este libro supuso un "ensayo" de lo que más tarde sería *Caballo de Troya*, la saga de mayor impacto entre la obra de *J. J. Benítez*»

A Iván, Satcha, Lara y Tirma —mis hijos—,
con la esperanza de que no necesiten tanto
tiempo como yo para «descubrir» a Jesús de
Nazaret.

Si el concepto «extraterrestre» define a alguien o a algo como «de fuera de la Tierra», Jesús es uno de los pocos extraterrestres del que tenemos constancia histórica.

SÓLO UN REPORTAJE

Cada vez que intenté empezar este reportaje sobre Jesús de Nazaret de una forma profunda, docta y complicada, los folios terminaron en la papelera.

Así que, instintivamente, me he dejado llevar...

Tampoco termino de entender por qué me encuentro metido en esta «aventura». Siempre pensé que hablar sobre Cristo era cosa de sacerdotes.

Y antes de proseguir considero de absoluta necesidad advertir al lector sobre un par de cuestiones.

Por un lado, hasta hace muy poco tiempo, mi fe en este personaje —Jesús— no era demasiado densa. A mis treinta y tres años, y después de haber pasado por una familia cristiana, por un colegio cristiano, por una Universidad cristiana y por una sociedad, que se califica como cristiana, en mi corazón había de todo menos cristianismo. Y durante lustros, el vértigo del periodismo —de la vida misma— terminó por congelar esa fe.

No me avergüenza manifestarlo: durante años, Jesús de Nazaret me ha traído sin cuidado.

Pero un día —en mi tenaz persecución de los OVNIS—, por «casualidad» (?) se cruzó en mi camino el casi olvidado personaje: Jesús de Nazaret.

Y caí en la «trampa». La peor que se le puede tender a un reportero cuya curiosidad es todavía insaciable.

La «trampa». —¡Cómo no!— era una simple noticia:

«Un equipo de científicos vinculados a la NASA —no católicos— ha demostrado, después de tres años de investigación, que el "individuo" enterrado hace dos mil años en una cueva próxima a Jerusalén y que fue conocido con el nombre de Jesús de Nazaret, emitió —treinta y seis horas después de muerto— una misteriosa y desconocida radiación que "chamuscó" la sábana que le cubría...».

Como periodista, la noticia se me antojó hartó sensacionalista. ¿Qué quería decir aquello de «chamuscar la sábana que le cubría...»?

Y ahí, como digo, empezó todo..., al menos para mí.

Hoy, después de haber investigado el tema con toda la profundidad de que he sido capaz, me he decidido a ordenar las ideas. Y he intentado —con este libro-reportaje— trasladar al lector lo que yo he conocido y, sobre todo, sentido.

Que nadie vea en estos apuntes un intento teológico o dogmático. Sería tan ridículo como presuntuoso por mi parte.

A unos hechos —científicamente probados por la Ciencia ultramoderna— me he limitado a añadir, como licencia personal, algunas hipótesis de trabajo sobre un personaje a quien he empezado a respetar...

PRIMERA PARTE

LOS SENSACIONALES DESCUBRI- MIENTOS DE TÉCNICOS DE LA NA- SA SOBRE LA LLAMADA «SÁBANA SANTA» DE TURÍN

1

CON ELLOS LLEGÓ EL ESCÁNDALO

El monumental «escándalo» reventó una mañana de septiembre de 1977.

Los mejores especialistas del mundo sobre la llamada «Sábana Santa» de Turín se habían sentado en Londres para participar en el I Simposio sobre este enigmático y polémico lienzo. La asamblea se reunía bajo los auspicios de la organización anglicana Institute for Christian Studies. En total, unas doscientas lumbreras de la ciencia moderna, corresponsales extranjeros, la televisión londinense y un personaje menudo, enjuto de carnes —que no de espíritu— y que, para colmo, era navarro...

José Luis Carreño Etxeandía —viejo misionero en las viejas tierras de Asia, testarudo, según sus propias palabras, como la burra de Baal, pobre de solemnidad y uno de los hombres más sabios y santos que he conocido— no pudo resistir la tentación y pidió la palabra en mitad del Congreso.

Era el turno del joven doctor Eric Jumper, de la Academia de las Fuerzas Aéreas de Colorado Springs, en Estados Unidos.

Carreño, que ha dedicado sus casi setenta años de vida al estudio e investigación de la Sábana de Turín, de pie en mitad de la sala, preguntó al yanqui:

—Doctor Eric. Sabrá usted que una de las conclusiones más firmes de la Comisión de Expertos de Turín es que hay que descartar categóricamente la hipótesis de que las imágenes se formaran por contacto. ¿Nos puede decir si sus estudios tridimensionales llevan definitivamente a la misma conclusión?

Y el joven científico, escandiendo y parodiando jovialmente las propias palabras del navarro, replicó:

—Opino que tiene que ser... absolutamente... y definitivamente... descartada la posibilidad de que las imágenes de la Síndone^[1] se formaran por contacto...

Un aplauso atronador llenó la sala, mientras el viejo misionero murmuraba un feliz ¡Thank You!

Y el «escándalo», como digo, no se hizo esperar en los corazones de los ilustres agnósticos que asistían en aquel momento a la ponencia.

«¿Una imagen tridimensional en el lienzo que se conserva en Turín...?». «¿Una radiación potente y desconocida que salió del cuerpo del difunto...?». «Pero ¿Qué sarta de insensateces era aquella que estaba enumerando el equipo de la NASA...?».

«¿Desde cuándo un cadáver puede impresionar —quemar prácticamente— un lienzo?».

El revuelo alcanzó pronto los cinco continentes. No se trataba de una afirmación gratuita, fruto de la calentura o de la imaginación de un científico.

Junto al doctor Eric Jumper se hallaba un equipo que fue contando, con la mayor llaneza, el fruto de sus estudios durante los últimos tres años. Y para ello habían dispuesto de los más depurados y sofisticados aparatos. Un instrumental nacido curiosamente a la sombra de la carrera espacial, de la conquista del espacio...

Los norteamericanos se refirieron con especial orgullo al denominado VP-8. Un analizador de imagen utilizado para el examen de las fotografías que habían llegado desde el planeta Marte.

Utilizando sus horas libres —con el mismo entusiasmo de unos zagales construyendo un bote—, los capitanes, científicos y expertos de la NASA habían aplicado este mismo VP-8 a una fotografía de tamaño natural de la imagen que aparece en la Sábana de Turín. Analizaron las huellas, siguiendo el mismo método usado para las fotos de Marte. Es decir, descomponiéndolas en millones de puntitos microscópicos. Y cada punto quedó clasificado por tres cifras, que expresaban sus dos coordenadas cartesianas, más su grado de iluminación.

Esa información —explicaron en el Congreso de Londres— fue sometida a una computadora, que se encargó, finalmente, de reconstruir la imagen.

El resultado, una sorprendente revelación: las imágenes de la Sábana son TRIDIMENSIONALES.

Pero este descubrimiento iba a ser sólo el principio de una larga serie de apasionantes y hasta ahora ignorados detalles de la vida, pasión y muerte de aquel asombroso «hombre» llamado Jesús de Nazaret...

2

AUTENTICIDAD: ÉSA ES LA CUESTIÓN

Creo que, como muchas otras personas, en alguna ocasión había oído algo respecto a la mencionada Sábana de Turín.

Pero jamás le presté más atención que la que haya podido dedicar al «brazo de santa Teresa» o a la calavera de san Cirilo...

Para mí, todas esas reliquias no tenían el menor valor. Y aunque siempre procuré comportarme con respeto cuando se hablaba del tema, en el fondo de mi corazón no terminaba de ver claro.

El oscurantismo, la morbosidad o el acartonamiento terminaban siempre por aparecer ante mis ojos cuando tropezaba con cualquiera de estos relicarios, las más de las veces, incluso, hasta antiestéticos.

¿Por qué iba a ser una excepción la traída y llevada «Sábana Santa» de Turín?

Además, ¿Cuántas «sábanas santas» hemos conocido? En muchas de nuestras catedrales, iglesias o simples ermitas se conservan ejemplares de estos «sagrados» lienzos, y los lugareños juran y perjuran que la suya es la auténtica... Por tanto, mis primeros pasos a la hora de investigar, se dirigieron en busca de datos que aclararan esa pretendida autenticidad.

Uno de los más espinosos obstáculos a salvar fue el de la tardía aparición de la Sábana, respecto a la muerte de Jesús.

Según los datos históricos el lienzo no surge a la luz pública hasta cinco siglos más tarde: en el año 525.

Era lógico pensar que alguien había podido falsificar la Sábana, tanto por afanes crematísticos como piadosos.

Este hecho colocó en situación embarazosa —y hasta hace muy poco tiempo— a cuantos se empeñaban en defender la autenticidad del referido lienzo.

Los agnósticos e hipercríticos encontraban en ello un motivo más que sobresaliente como para tachar el asunto de «simple superchería». Y no les faltaba razón.

La Historia asegura que, hasta la destrucción de Jerusalén, la Sábana quedó escondida y en manos cristianas, que pasaron por alto el tabú hebreo contra lienzos que hubieran tocado a un cadáver.

Y de allí —aseguran los eruditos— el paño pasó a la ciudad de Edessa, en Siria (hoy conocida como Urfa, en Turquía). Los historiadores no saben cuándo pudo llevarse a efecto ese traslado.

Lo que sí parece más claro es que, al apostatar uno de los reyes de Edessa, los cristianos ocultaron la Sábana, tapiándola en un hueco de las murallas.

En el año 525 fue nuevamente descubierta y venerada. Pero, al contrario de lo que ocurre en la actualidad, el lienzo no fue enrollado en un madero, sino doblado en cuatro partes. Y sólo podía contemplarse la faz, que era conocida con el nombre de «Mandyllion».

Cuatrocientos años después —en el 944— fue cedida al emperador bizantino y trasladada a Constantinopla, donde permaneció, en la iglesia de Santa María de Blaquerua, hasta 1204. En este año, las mesnadas, hambrientas de botín, de la mal llamada IV Cruzada, saquearon Constantinopla. Y la «Sábana Santa» desapareció misteriosamente, para aparecer cuatro años después en Besançon (Francia), en poder

del padre de Otto de la Roche, quien —«casualmente»— tenía encomendada la defensa de la referida iglesia de Blaquerua...

Tras varias vicisitudes, el lienzo llegó a poder de los príncipes de Saboya. En 1578, y para tratar de suavizar el duro voto hecho por san Carlos Borromeo de ir a pie a venerar la Sábana desde Milán a Saboya, en acción de gracias por el cese de la peste en su archidiócesis, el príncipe Filiberto la llevó a Turín, al encuentro del santo peregrino, a medio itinerario.

Y allí ha quedado, en una espléndida capilla que construyó Guarini. Fue enrollada en torno a un cilindro de madera y alojado, a su vez, en una urna de plata. Una arqueta de madera acoge dicha urna, y una doble verja de fierro protege a ambas.

Y si me he alargado en la árida exposición histórica de la ruta que, al parecer, siguió la Síndone, ha sido con una doble intención. Porque, ¡Oh sorpresa!, he aquí que, con la llegada del siglo XX y de sus revolucionarios conocimientos, los expertos en Palinología —moderna rama de la microbiotánica— han descubierto entre las fibras de lino la mejor prueba de la auténtica edad del lienzo...

Veamos.

El 23 de noviembre de 1973, y por voluntad del cardenal Pellegrino, la Sábana de Turín fue expuesta y mostrada a los italianos a través de las cámaras de televisión. Esa noche, un criminólogo de fama mundial, el doctor Max Frei, director del Laboratorio Científico de la policía suiza, tuvo acceso a la Síndone, en compañía de otros científicos. Y en unas modestas tiras de «cello», Max recogió una muestra del polvillo existente en la orla del lienzo. Y con su humilde «tesoro» se dirigió a Neuchâtel, donde sometió la muestra a sus microscopios electrónicos. Su hallazgo iba a ser decisivo.

En el tejido, a pesar del tiempo transcurrido, había gránulos de polen de plantas desérticas propias de Palestina.

Pero eso no era todo.

Max Frei comprobó también que el polen más frecuente en la Sábana es idéntico al que se encuentra comúnmente en los estratos sedimentarios del lago de Genezaret, con una antigüedad de dos mil años.

Y por si esto no era suficiente, el palinólogo demostró al mundo que entre las fibras del tejido había muestras de polen de plantas correspondientes al Asia Menor y, más precisamente, a las inmediaciones de Constantinopla. Y otro tanto ocurría con gránulos de origen francés e italiano. Es decir, de aquellas zonas por donde había peregrinado la Síndone.

Y Max Frei añadió en aquella histórica declaración del 8 de marzo de 1976:

«... La presencia de polen perteneciente a no menos de seis especies de plantas palestinas, del de una de Turquía y de ocho de especies mediterráneas, nos autoriza desde ahora, aun antes de completar la identificación de todos los microfósiles, a llegar a la siguiente conclusión definitiva: la Sábana no puede ser una falsificación. Zurich».

Al año siguiente —en el mencionado I Simposio de Londres—, y a preguntas de un científico de Cambridge, el sabio respondió:

—Es absolutamente cierto que la Síndone estaba en Palestina en el siglo I.

Para Max Frei, la gran dificultad de esta trascendental investigación había recaído en la identificación de aquellos gránulos de polen que hoy se encuentran extinguidos. Como comentaba Max, «si esos granitos microscópicos de polen proceden de la chaqueta de un criminal, es relativamente fácil determinar por que parajes o países ha estado, porque el polen de plantas actuales está ya catalogado. Pero cuando se trata de polen antiguo —ya desaparecido— y de regiones remotas, habría que consultar incontables bibliotecas..., que no se han escrito todavía».

A pesar de ello, Max Frei ha recorrido Chipre, Palestina, el Negev, Edessa, Anatolia, Estambul, etc., identificando más de un millar de granos de polen.

Cinco años después de aquel primer y definitivo hallazgo, Max Frei volvió a dirigirse a los estudiosos de la «Sábana Santa», en el II Congreso Internacional celebrado en 1978 en Turín, y ofreció una lista de 48 especies de polen, descubiertas hasta ahora en el tejido de la citada Síndone.

El lienzo —definitivamente— estuvo expuesto al aire en Palestina y hace justamente dos mil años. Así lo demuestra categóricamente la Palinología.

Pero las interrogantes seguían fluyendo en mi cerebro...

Por ejemplo, ¿Cómo un microscópico grano de polen podía resistir el paso del tiempo y permanecer durante dos mil años?